

Clase económica

(1a. parte)

ROBERTO BRAVO

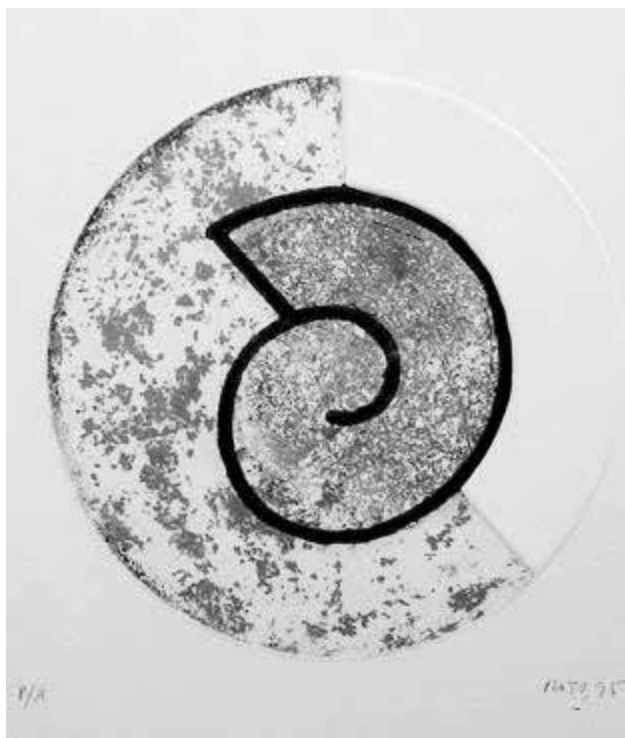
El boleto de Air Canada decía en letras impresas “clase económica” y lo fue en toda la extensión de sus palabras. A costa de mis riñones, los funcionarios del FONCA, cambiaron el itinerario México-Vancouver-Calgary, por otro más económico: México-Toronto-Calgary. Se hace casi el mismo tiempo de México a Toronto, que de Toronto a Calgary.

A las 7:30, al intentar agarrar pista el avión empezó a hacer como un auto ahogado que intenta arrancar, aaaaaaooooogghh, aaaaaaooooogghh. No se oía nada bien y el capitán anunció que saldríamos en 25 minutos porque los mecánicos iban a revisar la nave. De ese momento en adelante, en tres lenguas: francés, inglés y español champurrado, cada veinticinco minutos prorrogaron la espera hasta que a las once con treinta, tiempo aproximado de nuestro arribo a Toronto nos anunciaron que si en la próxima media hora no quedaba el avión cancelarían el vuelo, pero que no había que preocuparse porque todos dispondríamos de un asiento en los vuelos siguientes que saldrían por la misma línea y al mismo destino.

A las doce, es decir cinco horas después de haberme subido en aquella cosa, tuve que bajarme sin saber qué hacer, porque la tripulación, como si hubiera llegado a su destino, nos dejó al garete. La promesa de asiento en los próximos viajes se convirtió en hacer nuevamente todos los trámites. Es decir recoger el equipaje como si hubiéramos llegado a nuestro destino, pasar la aduana y migración, salir a los pasillos de la terminal aérea como si retornáramos del viaje. Había que entrar al sitio de la aerolínea, formarse, y llegar ante el personaje que en ese momento dispensa el favor de otorgarte otro pase de

abordar, y que me dijo que podía dármelo para otro día. Le respondí que no, que lo quería para ese día que era culpa de ellos, y que etc. Al ver mi tozudez dijo que iba a ponerme en lista de espera, que significa ir donde se aborda el avión y esperar a que alguien cancele su viaje, no llegue, etcétera. Mientras hacía la diligencia dos compañeras de viaje que iban tras de mí, me enseñaron sus pases de abordar confirmados, les pedí que me enseñaran sus boletos y por supuesto ellos no tenían la leyenda “clase económica”. Me acordé otra vez de los funcionarios que compraron mi boleto a quien sabe qué precio.

El avión que me llevaría era diferente al de en la mañana. Limpio, espacioso, con azafatas que en nada se parecían a las otras, bien vestidas y pulcras, un avión con motores silenciosos que se deslizó en la pista como en una mesa de billar. A la hora del lunch pusieron en mi bandeja sólo un poco de verduras con arroz como guisado.



Vicente Rojo

Toronto

Antes de llegar a Toronto, un horizonte de nubes te muestra que siempre habrá agua en el planeta, la humedad de la tierra en el aire ahoga, es una interminable mancha blanca que se cierne sobre la ciudad empapada. Toronto es una metrópolis grande, moderna, gris, triste, donde lo funcional está por encima de lo artístico y uno no entiende por qué las construcciones deben tener un aire de monumentalidad. El aeropuerto es un cascote, un elefante blanco con grandes áreas desocupadas del color del cemento. Los altos muros se imponen a los muebles viejos y liliputenses donde trabajan los empleados, burócratas como de cualquier otra parte. La luz fría de las lámparas mostraba ese lado sombrío de las personas contrario a la solidaridad, ese lado oscuro que les hace estar consigo mismas en un mundo que es su mundo. Como si los arquitectos se hubieran propuesto exponer la permanencia de las cosas sobre lo efímero del paso del Hombre por la existencia, el aeropuerto de Toronto transcenderá cuando no quede una gota de sangre humana en la tierra, algo tan faraónico como antiguo.

Vi esto y me sentí el extranjero que tiene derecho de observar sin ser tomado en cuenta. Además, desconocía el idioma. Hablar un idioma no es conocer su gramática y un vocabulario básico para pedir de comer, una habitación en un hotel, tomar un taxi y comprar en las tiendas. Es una atención al máximo para comprender lo que están diciendo los otros y nunca es posible porque de una persona a otra cambia el sonido de la voz y la intención de las palabras cambia también. Es tan fatigoso captar estas discrepancias para un distraído como yo que siempre termino sin entender y tengo que tejer los significados de dos o tres palabras que logro escuchar en un contexto que nunca estoy seguro de haber captado bien. Después de una hora la cabeza resulta pesada y los ojos, no sé por qué duelen.

Mientras que en migración mis compañeros de viaje hicieron el paso como un mero trámite, a mí me detuvieron, me pasaron a unos apartados donde me preguntaron si tenía familiares en Canadá, qué iba a hacer en la tierra de la miel de maple y por qué. Mi error fue haber puesto que iba a estar dos meses y no una semana como los turistas. Saqué las cartas de aceptación del Centro de las Artes de Banff y las mostré. Aquel

hombre la leyó y quedó convencido que no quería colarme a trabajar. Qué es usted. Me preguntó.

–Escritor–, respondí.

Cuando decidí ser escritor tuve que emplearme para costear mi carrera, antes de escritor quise ser cantante de música de concierto y también director de teatro, si no hubiera sido escritor después de mis fracasos como estudiante de música y como exitoso director de teatro universitario, me hubiera dedicado a hacer dinero, para lograrlo no se necesita ir a la escuela y los estudios no fueron mi pasión definitivamente. Haber crecido entre hermanos mucho más inteligentes, dedicados y brillantes que yo me convirtió en una especie de patito feo que no se atrevió a mirar de frente a sus maestros. A este canadiense de migración no quise mentirle, no me hubiera creído y se trataba de salir de sus garras, así que lo enfrenté confrontándome.

¿Por qué no me siento escritor? Y en consecuencia ¿qué sería serlo?

La respuesta está imbricada con mi decisión de hacer dinero en caso contrario ¿por qué quise como contrapartida de mi vocación hacer dinero? Sé que para hacer dinero es necesario querer hacerlo y no tener escrúpulos ¿entonces? ¿Sería yo capaz de no tener escrúpulos?

Mi primera incursión en el mundo de los negocios fue cuando tenía once o doce años; en mis vacaciones iba a Villa Azueta, a unos sesenta kilómetros de Tuxtepec, donde mi abuelo fabricaba licores. Ese verano ahorré todo lo que pude, mi abuela metía un billete en el bolsillo de mi pantalón los domingos y mi abuelo me daba una cantidad proporcional al tiempo que lo había ayudado el día que regresaba con mis padres. Con ese dinero hice mi inversión: Compré historietas para niños, a mí me gustaban tanto que podía pasarme días completos leyéndolas. Costaban un peso, las rentaría a veinte centavos a quien quisiera leerlas así que con cinco rentas recuperaría mi inversión y después vendrían las ganancias. Además, compré también otras cosas en las que yo gastaba el dinero: cuetes, dulces, chicles, galletas, etc. Cuando mi madre me vio sacar unas tablas y unos ladrillos de la bodega para hacer mi tienda en la acera, me dijo que era un tonto, no empleó esa palabra dijo algo así como que sólo a mí se me ocurría poner ese comercio, que nadie pagaría

por leer mis cuentos (así llamábamos a las historietas). Cuando la escuché decir eso, le respondí que daría mis historietas sólo a aquellos que pagaran su alquiler por adelantado. Yo había gastado mi capital en ellas, en los dulces y en los cohetes. Mis sesenta pesos habían quedado en aquella mercancía. Al verme decidido se rió y luego cambió de parecer, su reacción fue la de una persona enojada, preocupada por algo inminente:

–No quiero lágrimas después–, eso fue lo que me dijo.

A esa edad, ante lo injusto de la vida que por entonces se reducía al entorno familiar y escolar, yo descargaba mi frustración con ella rebelándome indignado y con las lágrimas de fuera, a eso se refería.

Como respuesta sonreí, seguro de mi propósito.

Mi madre sin ser profeta fue sabia, efectivamente mis hermanos mayores una vez que puse mi templete empezaron primero a pedirme prestado los cuentos, al negárselos, me dijeron egoísta y toda una serie de lindezas, después pasaron a la amenaza de que cuando algo se me ofreciera no estarían dispuestos a ayudarme, así, finalmente, rondando mi estanquillo aprovechaban un descuido para tomar las historietas y llevárselas. Cuando los correteaba para recuperar mi propiedad otro tomaba las que quedaban y vuelta a correr. Era peor si lograba alcanzarlos porque en el forcejeo por recuperar el ejemplar los cuentos se rompían, deshojaban o los tiraban lejos donde se impregnaban de tierra. Optaban también por pedirme fiado prometiendo pagarme con el domingo que mi papá nos daba los fines de semana. Obvio decir que nunca me pagaron, mi mercancía se extinguió y tal como lo dijo mi mamá, mis lágrimas afloraron y con ella manifesté mi rebelión.

Frente al empleado de migración de Toronto estaba sintiéndome ridículo de haber dicho que era escritor. ¿Por qué? ¿Quién es un escritor?

Tras la barra que nos separaba tecleó mi nombre en su computadora y cuando apareció mi ficha en la pantalla sonrió satisfecho.

Es usted novelista -sonrió y me mostró la pantalla donde aparecía uno de mis títulos.

–Si–, respondí–, –es mi libro.

Me enseñó después la pantalla donde apareció una foto mía en la que estoy cargando a mi exgata “Pirinola”.

El empleado quedó más que satisfecho y yo, orondo por el reconocimiento, me dirigí a recoger mi equipaje.

Sigo pensando, que no puedo sentirme de lo que no vivo y no viviré, pero que sin embargo he hecho durante casi toda mi vida. Esta contradicción me aclara un poco la situación del artista en el mundo.

Puedo admitir que el artista sea nombrado artista por otro artista, no así mismo, el origen de algo no puede calificarse a sí mismo, al hacerlo el propio artista rompe su encanto, su dignidad de artista, porque el incomprendido trabajo que hace no es aceptado como tal, siempre se ha considerado al artista con el pomposo título de perseguidor de sueños (sinónimo de pen-dejo); yo agrego en este momento que artista es también el que viaja en clase económica, el loco, el pobre diablo, el muerto de hambre. La homosexualidad se asocia también al término, etcétera. No es gratuito que por esta razón los pocos en llegar a la celebridad y buen dinero se burlen de aquellos que lo hubieran denostado de no lograrlo.

La gente se admira de que alguien quiera ser o sea artista, pero no aceptaría que su hija o su hijo se casaran o hicieran su vida con uno de ellos si todavía no ha “triunfado”. Ninguna mujer en su sano juicio acepta llevar la vida “irregular” que un artista podría darle simplemente porque el artista no tiene el dinero suficiente, y una casa se sostiene en su forma más ordinaria con dinero. Por eso me niego a llamarme así a mí mismo. No acepto que se me tome como tal, no soy esa persona, no podría serlo, antes me marginaría completamente. Así que mi orondés por el reconocimiento como escritor que hizo de mí el empleado de migración canadiense fue absolutamente artificial, ese pequeño ser mezquino que todos llevamos dentro hizo sentirme satisfecho de su aceptación. Esa persona, ese empleado que dijo: Yes, he is a writer, nunca ha leído un libro mío y muy probablemente nunca lo hará, su reconocimiento nació por la página de internet donde apareció mi ficha y mi foto. Así se hacen tantas famas, los periódicos dan testimonio de ello todos los días, millones de personas reconocen en un nombre al artista que no han leído, escuchado o visto (en el caso de la pintura)

y se conforman con ese conocimiento. Eso hace mucho daño al arte, la gente lo entiende como una fama, como un estereotipo y no como una obra con la que es preciso estar en contacto para apreciarla y de esta manera estar dispuestos a pagar por ella. Por esa razón también somos pobres los artistas.

Sin embargo y no obstante lo anterior, cuando el reconocimiento llega de otro artista y cuando digo artista me refiero a eso precisamente, todo cambia y su juicio nos ilumina, nos hace sentir su nombramiento y su opinión que valió la pena haberlo intentado.

Seguí en el aeropuerto, entre sus muros altos y grises, su bóveda fría me decía que era un extranjero y eso no me hizo ni bien ni mal, he tenido esa sensación en todos lados, incluso cuando viví en la casa de mis padres y aquí era genuina, no había ninguna contradicción. Me di cuenta también que estaba entre extranjeros y en lugares como el que andaba son tan notables los rasgos de unos y de otros que no es posible equivocarse. Los canadienses anglosajones se parecen mucho entre ellos: Blancos, rubios (quienes no lo son se pintan el cabello), sanguíneos, su estatura es de regular hacia una talla baja; padecen un mal que ya es universal, los jóvenes son bellos, de un cuerpo admirable, pero cuando dejan de serlo engordan de la punta de los cabellos a las uñas de los pies y se convierten en unos seres rollizos, pálidos, calvos, de ojos claros, amables, correctos, educados. Junto a los anglosajones están los canadienses de habla francesa que en Toronto casi no vi y después en Calgary y Banff menos. Pero sus características raciales son parecidas a las del francés medio.

La miseria que ha traído consigo la globalización hace que te encuentres personas de los países pobres en los países ricos y Canadá lo es. Encuentras hindúes por todos lados, parece que se han adueñado de los aeropuertos, sus características raciales típicas, morenos, bien parecidos y de mirada intensa las encuentras en todos lados, en los servicios de limpieza, en las tiendas, como choferes y en los servicios de comida rápida, en uno de estos pedí una hamburguesa antes de abordar el avión para Calgary. El local era atendido por jóvenes, tres o cuatro, todos hindúes, aunque uno parecía tener rasgos árabes, el servicio fue lento y malo si uno está acostumbrado a los tiempos y limpieza de la ciudad de

México, además de sucias las mesas, mal atendido, no me dieron la bebida que incluía mi paquete, cuando la reclamé y me ofrecieron solamente Coca Cola me enojé ¿cómo era posible que sólo tuvieran eso? La carne de la hamburguesa demasiado seca estaba mal cocinada y las papas fritas componían macizos pegados unas con otras. Toronto fue mi primera impresión de Canadá, más bien la segunda, porque subirme al avión destaralado de Air Canada en clase económica en el aeropuerto de la ciudad de México no fue agradable en ninguno de sus aspectos, pensé, no obstante –volviendo a quienes me habían despachado mal mi hamburguesa– que en manos de jóvenes solamente no debe estar un negocio, debe haber un equilibrio entre el personal experimentado y el nuevo, y a los jóvenes estos, los que me atendieron, los vi como a nuestros porros, pequeños delincuentes que pululan en las colonias pobres.

Los asiáticos componen otra sangre que tiene notable presencia en Canadá. Pueden ser de diversos países de ese continente, pero tienen los rasgos que los caracterizan: cetinos, delgados, pequeños de talla, con una mirada de determinación dirigida sólo a los de su raza.

Los indígenas canadienses que conocí en el comedor del Centro de las Artes de Banff son diferentes de los del centro y sur de México, sus rasgos faciales son toscos, son demasiado cuadrados, demasiado anchos, demasiado grandes los elementos que los componen. Y por lo que he leído que sus ocupaciones son ya las del ocio, porque prácticamente es sostenida su subsistencia por el gobierno, se han hecho gordos e indiferentes

Los latinos son unos cuantos y pueden pasar inadvertidos, uno se da cuenta que son de nuestra raza cuando hablan, están compuestos de cubanos y sudamericanos principalmente, aunque los cubanos son negros que se confunden con los negros canadienses y norteamericanos que son muy escasos también. Los latinos que me he encontrado son emigrantes que por necesidad tuvieron que salir de sus países; pobres, cuyo patrimonio es su fuerza de trabajo únicamente, bondadosos, inocentes y como los hindúes, en la humildad son dignos sus rostros. Mexicanos, hasta hoy, una semana después de mi llegada, no he visto; aunque descubrí en Banff un restaurant de comida mexicana. ■